

El conejo en el lago

ZULMAN CHIN

Desde la mañana el día había estado soleado. Y ahora, la tarde era perfecta. El viento y los diversos árboles que daban sombra ofrecían una frescura que transmitía una tranquilidad peculiar al ambiente. A lo lejos se divisaba un verdor encantador que cubría las grandes montañas, las cuales estaban siempre llenas de vida. El bosque continuaba y continuaba a lo largo de toda la cordillera. Curiosamente, dejaba ver una abertura cerca de las colinas, y a unos pocos pasos, yacía el lago, siempre sereno, siempre en paz. Era un lugar perfecto para ese tipo de reuniones. Todos parecían disfrutar del momento. Era una tarde alegre.

En el extremo opuesto de una aglomeración de personas se veía una figura vaga. Alejado de esa gran masa de gentes, al otro lado del lago, un hombre se había separado del grupo. Al acercarse al bosque y junto al final de la colina, sentado, oteaba el horizonte. Apoyaba su barbilla en su mano izquierda de manera relajada; sonreía a medias. Su mirada era vacía y oscura, cual remolino en medio del océano tragando cuanta embarcación navegara cerca de sus fauces. En esos momentos, parecía ser feliz. En esos

momentos, en el lugar reposaba una tranquilidad inmensurable y profunda.

Un conejo negro con blanco salió del bosque y se detuvo por un instante para observar la delgada figura. El hombre separó la barbilla de su mano, sonrió completamente y lo saludó. El conejo lo observó por un instante más y continuó su camino saltando en dirección al lago. De repente, el hombre divisó una sombra que se acercaba por el lago. Colocó su dedo índice en su labio superior, el dedo del corazón en su barbilla, el pulgar cerca de su quijada. Luego, regresó a una posición similar a la que tenía antes de percibir al conejo y miró más allá del horizonte.

Con el paso del tiempo, la sombra adquirió una forma más definida; era una mujer delgada, llevaba unas botas altas que llegaban más arriba de sus rodillas, una gabardina larga que cubría la mayor parte de su cuerpo y una bufanda, todos de un tono blanco inmaculado. Y, a pesar de que su vestimenta lucía pesada y caliente, el radiante sol no parecía molestarle en absoluto. Caminaba muy lentamente por la colina pero, por algún efecto visual desconocido, daba la impresión de levitar sobre las aguas del lago. En su mano izquierda llevaba lo que aparentaba ser una taza de cerámica

negra para bebidas calientes con una tapa de silicón blanca. Su mano derecha se ocultaba en la bolsa lateral de su gabardina.

La mujer se acercó al hombre y se recostó en un árbol cercano a un par de pasos a la izquierda de él; ciertamente no parecían ser grandes amigos, pero debía haber un gran respeto mutuo. Tomó un sorbo de su bebida caliente y se puso a observar el siempre tranquilo lago. Después de algunos eternos segundos, el hombre enarcó su ceja derecha y dijo:

– No cualquier persona tomaría té negro con bergamota y sin azúcar bajo este sol.

– Ambos sabemos que no hay nada regular o estándar ni en este lugar ni bajo ninguna de nuestras máscaras humanas y sociales–, contestó la mujer.

– Quizás–, dijo finalmente el hombre. Y el silencio recuperó su espacio.

Cerca del lago, el conejo tomaba agua tranquilamente. Era un día caluroso, talvez él sí lograría salvarse.

– Todo debe llegar a su fin–, sonrió el hombre con tristeza mientras

entrecerraba sus ojos. – Asumo que no estarás ahí–continuó.

– ¿Quién ha de saber mi destino? Probablemente, antes de que todo haya concluido nuestros caminos habrán chocado abruptamente en sentidos opuestos–, respondió la mujer.

– Quizá, de igual manera el fin le ha de llegar a todos, así como ellas ya han partido con honor–dijo el hombre.

– Espero que nuestra partida también sea con honor–, respondió la mujer.

– Que así sea–. El hombre le guiñó el ojo e inmediatamente volvió a ver el lago y dijo:

– Bueno, ya es hora.

– Que el honor guíe tus pasos–, dijo la mujer y desapareció entre las sombras.

– *Bon voyage âme sombre–*, respondió el hombre. Luego, se levantó lentamente y miró hacia las montañas, el bosque y detuvo su mirada en el lago. Incluyó levemente su cabeza en señal de respeto y de saludo a todos y, sin más, se marchó.

Fin